

*Alianza de Hierón con los romanos. – Sitio de Agrigento. – Salida de la plaza, rechazada por los romanos.*

Una vez hubo llegado de Sicilia a Roma la nueva de los sucesos de Apio y de sus tropas (año -263), y creados cónsules M. Octacilio y M. Valerio, se enviaron todas las legiones con sus jefes, unas y otros para pasar a Sicilia. Ascende el total de tropas entre los romanos, sin contar las de los aliados, a cuatro legiones que se escogen todos los años. Cada una de las legiones se compone de cuatro mil infantes y trescientos caballos. A la llegada de ellas, muchas ciudades de los cartagineses y siracusanos, dejando su partido, se agregaron a los romanos. La consideración del abatimiento y espanto de los sicilianos, junto con la multitud y fuerza de las legiones romanas, persuadieron a Hierón que se podía abrigar esperanzas más lisonjeras de los romanos que no de los cartagineses. Y así, estimulado de la razón a seguir este partido, despachó embajadores a los cónsules para tratar de paz y alianza. Los romanos oyeron con gusto la propuesta, especialmente por los convoyes; pues señores entonces los cartagineses del imperio del mar, temían no les cerrasen por todas partes el transporte de víveres, principalmente cuando en el pasaje de las primeras legiones se había experimentado una gran escasez de comestibles. Por lo cual, atento a que Hierón en esta parte les serviría de mucho provecho, aceptaron con gusto su amistad. Concertados los pactos, de que el rey restituiría a los romanos cautivos sin rescate, y a más pagaría cien talentos de plata, de allí en adelante vivieron éstos como amigos y aliados de los siracusanos; y el rey Hierón, desde aquel tiempo, acogido a la sombra del poder romano, y auxiliándole siempre según las circunstancias lo exigían, reinó tranquilamente en Sicilia, sin más ambición que la de ser coronado y aplaudido entre sus vasallos. En efecto, fue príncipe el más recomendable de todos, y el que por más tiempo gozó el fruto de su prudencia en los asuntos públicos y privados.

Llevado a Roma este tratado, y aprobadas y ratificadas por el pueblo con Hierón sus condiciones, determinaron los romanos no enviar en adelante todas las tropas a Sicilia, sino únicamente dos legiones; persuadidos de que con la alianza de este rey se habían descargado en parte del peso de la guerra, y que a su modo de entender abundarían de esta manera sus tropas más fácilmente de todo lo necesario. Los cartagineses, noticiosos de que Hierón se había declarado su enemigo, y que los romanos se empeñaban con mayor esfuerzo sobre la Sicilia, concibieron necesitaban mayores acopios con que poder contrarrestar sus enemigos y conservar lo que poseían en esta isla. Por lo que, movilizandó tropas a sueldo en las regiones ultramarinas, muchas de ellas ligures y celtas, y muchas más aún españo-

las, todas las enviaron a Sicilia. Además de esto, viendo que Agrigento era por naturaleza la ciudad más acomodada y fuerte de su mando para los acopios, recogieron en ella las provisiones y tropas, resueltos a servirse de esta ciudad como de plaza de armas para la guerra.

Los cónsules romanos que habían concluido el tratado con Hierón tuvieron que volverse a Roma (año -262), y L. Postumio y Q. Manilio, nombrados en su lugar, vinieron a Sicilia con las legiones. Éstos, conociendo la intención de los cartagineses y el objeto de los preparativos que se hacían en Agrigento, determinaron insistir en la acción con mayor empeño. Por lo cual, abandonando otras expediciones, marchan con todo su ejército a atacar la misma Agrigento, y puestos sus reales a ocho estadios de ella, encierran a los cartagineses dentro de sus muros. Por estar entonces en sazón la recolección de mieses y dar a entender el sitio que duraría algún tiempo, se desmandaron los soldados a coger frutos con más confianza de la que convenía. Los cartagineses, que vieron a sus enemigos dispersos por la campiña realizan una salida, dan sobre los forrajeadores y, desbaratándolos fácilmente, acometen unos a saquear los reales, y otros a degollar los cuerpos de guardia. Pero la exacta y particular disciplina que observan los romanos, así en ésta como en otras muchas ocasiones, salvó sus negocios. Se castiga con la muerte entre ellos al que desampara el lugar o abandona absolutamente el cuerpo de guardia. Por eso entonces, aun en medio de ser superiores en número los contrarios, sosteniendo el choque con valor, muchos de ellos mismos perecieron, pero muchos más aún de los enemigos quedaron sobre el campo. Finalmente, cercados los cartagineses cuando estaban ya para saquear el real, parte de ellos perecieron, parte hostigados y heridos fueron perseguidos hasta la ciudad.

Esto fue causa de que los cartagineses procediesen en adelante con mayor cautela en las salidas, y los romanos usasen de mayor circunspección en los forrajes. En efecto, cuando ya aquéllos no se presentaban sino para ligeras escaramuzas, los cónsules romanos dividieron el ejército en secciones, situaron uno alrededor del templo de Esculapio que estaba al frente de la ciudad, y acamparon el otro en aquella parte que mira hacia Heraclea. El espacio que mediaba entre los dos campos lo fortificaron por ambos lados. Por la parte de adentro tiraron una línea de contravalación, para defenderse contra las salidas de la plaza, y por la parte de afuera echaron otra de circunvalación, para estar a cubierto de las irrupciones de la campaña y evitar se metiese e introdujese lo que se acostumbra en las ciudades cercadas. Los espacios que mediaban entre los fosos y los ejércitos estaban guarnecidos de piquetes, y fortificados los lugares ventajosos de trecho en trecho. Los aliados todos les acopiaban pertrechos y demás municiones que traían a Erbeso, y ellos, llevando y acarreamo continuamente víveres de esta ciudad poco distante del campo, se proveían muy abundantemente de todo lo necesario.

En este estado permanecieron las cosas casi cinco meses, sin poder alcanzar una parte de otra ventaja alguna decisiva, más que las que sucedían en las escaramuzas. Pero al cabo, hostigados los cartagineses por el hambre debido a la mucha gente que encerraba la ciudad (no eran menos de cincuenta mil almas), Aníbal, que mandaba las tropas sitiadas, no sabiendo ya qué hacerse en tales circunstancias, despachaba sin cesar correos a Cartago, para informarles del estado actual o implorar su socorro. En Cartago se embarcaron las tropas y elefantes

que se pudieron juntar y los enviaron a Sicilia a Hannón, otro de sus comandantes. Éste, recogiendo los víveres y tropas en Heraclea, se apodera con astucia de la ciudad de Herbeso y corta los víveres y demás provisiones necesarias a los ejércitos contrarios. De aquí provino que los romanos, a un tiempo sitiadores y sitiados, se hallaron en tal penuria y escasez de lo necesario, que muchas veces consultaron levantar el sitio; lo que hubieran ejecutado por último si Hierón con gran diligencia y cuidado no les hubiera provisto de aquello más preciso e indispensable.